
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

- | | | |
|---------------------------|-----------|---|
| | 3 | Ser Cristianos Hoy |
| <i>Rino Fisichella</i> | 5 | El escándalo de la presencia cristiana |
| <i>Jörg Splett</i> | 17 | Los cristianos después de la
Modernidad y de las objeciones
Postmodernas a su Dios |
| <i>Adrienne von Speyr</i> | 43 | La santidad en la vida de cada día |
| <i>Godfried Danneels</i> | 55 | La liturgia cuarenta años después
del Concilio Vaticano II |
| <i>Joseph Ratzinger</i> | 79 | Las Catorce Encíclicas de Juan Pablo II |
| <i>Florian Pitschl</i> | 89 | El ser como semejanza de Dios |

LA SANTIDAD EN LA VIDA DE CADA DÍA

*Adrienne von Speyr**

Un hombre va de mañana a su trabajo. No piensa en nada. Una canción de moda llega a sus oídos. El escucha, le presta atención. Finalmente será ella la que lo perseguirá y no lo dejará en todo el día. O bien, es un insulto lo que escucha de manera fortuita. Ni siquiera sabe si le está dirigido, pero se le pega y lo piensa. Quizás en el momento que lo escuchó, una puerta de auto se cerró de golpe, y ahora, cada vez que escuche el mismo ruido a lo largo del día, esa palabra volverá a su mente.

Nuestra vida espiritual está siempre, de todos modos, desarmada y expuesta. Las influencias o los acontecimientos exteriores pueden moldearla, resonar en ella, hacerla prisionera. Y las ocupaciones cotidianas de la mayor parte de la gente son de tal naturaleza que no requieren toda su atención ni los absorben por completo. Dejan como desocupada en ellos toda una zona de su vida interior. Sin que eso lo perjudique para su trabajo, alguien puede dejarse acompañar todo el día por una melodía o por un pensamiento, e, incluso aunque tenga conciencia de que podría trabajar con mayor dedicación concentrándose más, nadie notaría, una vez terminado el trabajo, que su autor hubiera estado distraído o ausente; o en qué estado de

* Adrienne von Speyr, nacida en 1902. Hija de un médico protestante y medica también, convertida al catolicismo en 1940. Hans-Urs von Balthasar será su confesor y su guía espiritual. Sin dejar de practicar su profesión y criar dos niños, experimentó gracias místicas y grandes sufrimientos. Fundó en 1945 un instituto secular que dirigió hasta su muerte en 1967. Sobre su obra y su itinerario espiritual, ver H. U. von Balthasar, "*Adrienne von Speyr et sa mission théologique*", Paris, Apostolat des Éditions, 1976.

ánimo, bueno o malo, ocupado con cuál idea fija, habrá cumplido con su jornada de trabajo. Pero, quizás, si él considerara las dos jornadas laborales –la de la melodía y la del insulto– se espantaría ante la idea de que su mundo interior haya podido ser hasta ese punto influido por el azar. Y se preguntaría si el hombre, en vez de dejarse alcanzar y determinar por tales bagatelas no podría ser capaz de vivir de un alimento escondido y substancial, de una elección y una decisión interiores, de una fuente que lo acompañe invisiblemente en la vida cotidiana y que haga de la suya una vida substancial, cristiana y santa. Si lo que es fútil tiene ya sobre nosotros tal fuerza, si poseemos tan vastos espacios interiores que permanecen sin emplear en nuestra vida diaria y que, por su vacío notorio, se ponen a merced de todas las insignificancias de la vida cotidiana, ¿a qué debería, entonces, parecerse una vida que ofrece sus potencias que permanecen libres a una realidad verdadera, la realidad de Dios?

Somos cristianos. Creemos. Cumplimos las exigencias mínimas de la Iglesia. Pero quizás lo hacemos a la manera de un hombre que cumple con su trabajo, de manera proba, leal, de la que no hay nada que decir. Sólo que hay un espacio vacío –quizás mucho más grande que el requerido por nuestras “obligaciones religiosas”– que nos reservamos, en el que vivimos para nosotros mismos, que hemos acomodado a nuestra guisa. Pero, cuando la palabra de Dios haya ocupado todo el espacio en nosotros, ¿cómo el azar o los placeres superficiales podrán ocuparlos todavía? La palabra de Dios reivindica también esta esfera. Ella quiere vivir como la semilla de Dios ha vivido en María, creciendo y tomando posesión de todo. No deberíamos llamarnos creyentes y cristianos si cerramos ciertas puertas del alma a la Palabra. Si tenemos reservas. Si no ponemos a disposición de la Palabra alguna parte de nosotros mismos. Creer quiere decir: ser portador de la Palabra, lo que significa dejarse llevar siempre y enteramente por la Palabra.

Creer no consiste en aproximarse lentamente a la palabra de Dios, de manera progresiva, con pasos medidos y manteniendo la distancia. Creer no consiste, tampoco, según un plan quizá prudente, en convertirse poco a poco, ensayando primero con las palabras aparentemente más fáciles de Cristo, de manera

de ganar tiempo para aplazar las más difíciles, las más exigentes, a un más adelante indeterminado. Creer significa osar todo en el momento, acoger enseguida las palabras más increíbles y las más intraducibles y darles aprobación inmediata. Para encontrarse de repente, sin escapatoria, frente al Absoluto, y para conceder ilimitadamente a este Absoluto, a este "imposible", el lugar que requiere. Un lugar que no tendrá nada que ver con esta apertura indiferente e indolente a los pequeños acontecimientos de la calle, un lugar que será en mí ese espacio interior a partir del cual todos los otros lugares y espacios del alma podrán ser ocupados y puestos en orden. Una palabra tal, podría ser esta sentencia del Señor: "Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto." O esta otra del Antiguo Testamento: "Sean santos como yo soy santo". Dicho de otro modo: la exigencia de arrojar toda nuestra vida ordinaria, con sus insignificancias, en el ser espiritual de Dios, de hundir nuestra miseria de pecado y nuestro muestrario de imperfecciones en la santidad de Dios. En suma, crear espacio para Dios en vez de hacerlo para nuestro propio yo.

El que exige esta cosa aparentemente imposible es el Hijo de Dios, Él que no conoce sino una sola voluntad: la del Padre. Él que, en vida, no ha hecho sino cumplir su voluntad. Él que, haciéndose hombre, ha tomado sobre sí nuestra cotidianeidad para colmarla del día eterno del Padre. Él que, descendiendo de arriba a aquí abajo, ha tomado la temporalidad a partir de su eternidad para convertirla en receptáculo de la vida eterna, sin atenuarla, sin oscurecerla, sin ningún compromiso. En este abajamiento, está contenida toda la dignidad divina. No se compromete haciendo eso: es tan santo en cuanto hombre como es santo Dios Padre. "¿Quién de ustedes me convencerá de pecado?". Vive la perfección de tal modo que nos esta abierta. Realizando lo increíble, nos invita a realizarlo con Él de manera inversa: nos proyecta de abajo hacia arriba, en esta santidad que esta seguramente determinada por la santidad del Padre, a fin de que podamos vivir conforme a nuestro espíritu y nuestra misión.

Sólo la fe es la que permite este salto y este impulso. Si nos esforzamos por comprender algo de esta exigencia del Hijo -ser perfecto, Dios es perfecto- nos resulta inmediatamente evidente que esto es imposible de realizar de un modo puramen-

te racional, puramente teórico y comprendido desde el exterior. Para el entendimiento, que sabe lo que es de Dios y lo que es de la creatura –que además es pecadora–, es completamente absurdo. Si lo consideramos y estimamos de una manera puramente intelectual, es indudablemente claro que no podremos cumplir con esas condiciones. Pero si no queremos acusar al Señor de mentir, debemos decir que lo que Él pide es posible. En un movimiento, en un gesto, que se realiza en nosotros por la fuerza del Señor, y por el cual nos comportamos de tal manera que lo dejamos verdaderamente actuar, por el cual renunciamos, entre otras cosas, incondicionalmente, al criterio de nuestra propia comprensión y de nuestra propia medida. Ningún creyente puede ver, comprender, afirmar su propia santidad, y sin embargo no puede tampoco afirmar, en la fe, que Dios dejaría de volver verdadera su Palabra en él. Se remite a Dios para el discernimiento y la comprensión.

Santidad es una palabra que tiene su verdad en Dios y que no vive en el creyente sino bajo la forma de una exigencia. El creyente puede ubicar su vida bajo la divisa de esta exigencia: ¡Sean santos! ¡Sean perfectos! Pero no puede jamás considerarla como cumplida. Y, en definitiva, esta exigencia no tiene nada de facultativo, se impone a él. En la fe, debe someter su vida a una verdad que acepta de parte de Dios, verdad a la que él se declara dispuesto a servir. La raíz de la santidad es así la obediencia. La obediencia de la fe, y es en verdad una obediencia absolutamente ciega, que sabe en lo más profundo de sí misma que no tiene nada que ver, nada que contemplar, nada que comprender, que se deba a las fuerzas humanas. Y, sin embargo, no es una fe absurda o desesperada, que secretamente sabría más que Dios, sino una fe humilde, abierta, que deja el más amplio espacio a la esperanza en el devenir. Es como en los milagros del Señor. Soy paralítico de nacimiento y el Señor me dice: “¡Levántate!”. Me levantaría. No porque la razón se hubiera elevado a la comprensión de lo bien fundado y la racionalidad de la fe, y hubiera reflexionado, sino porque habría acogido en mi la palabra de Dios y hubiera dado fe al mandamiento de la Palabra, de manera completamente abrupta, sin preguntarme si mi fe la puede alcanzar. Aceptando firmemente el don de fe que el Señor me hace por la orden que

me dirige. La fuerza de levantarse viene de la fe en esta palabra: "¡Levántate!". Todo lo que este significado en el hecho de levantarse, y ligado a él, está contenido en esta palabra. Yo no me levantaría para dar dos pasos y detenerme en el tercero. O para dejarme caer otra vez. El hecho de levantarse significa poder caminar y lo contiene en sí. Levantándome no agotaré la fuerza de levantarme. La exigencia permanecerá en el interior de su ejecución y de la fuerza también. Me levantaré igualmente al día siguiente y cada vez que lo requiera la exigencia que ha creado una situación viviente, la de estar de pie y permanecerlo. En lo cotidiano también, el Señor hace el don de palabras que no se distinguen en nada de la fuerza de sus palabras milagrosas. Tienen cada vez en ellas la vida y habilitan, cada vez, a aquel que las acoge, a vivir y a servir la Palabra en la que toda degradación, toda apreciación de proximidad o de alejamiento está eliminada. La Palabra permanece de manera absoluta y el que la sirve no tiene ningún derecho a relativizarla.

Sin duda es en la relativización que se situaría el principio de la incredulidad, o al menos de la pusilanimidad que considera a la exigencia del Señor como exagerada o irrealizable. El hecho de que yo sea imperfecto y el peor de los pecadores, no tiene nada que ver. No es por eso que la Palabra debe perder su carácter de Absoluto. Ella no se debilita, permanece siendo el Absoluto viviente. El no-querer de la incredulidad no le puede quitarle su fuerza. No exige al creyente más que una cosa: que ponga su vida a disposición de la Palabra a fin de que ésta posea en él la fuerza que posee en sí misma.

Hemos pasado un día entero con esta melodía en la cabeza. Podríamos tratar de hacer la misma cosa con una palabra del Señor. Y así podríamos estar acompañados de manera más intensa por su santidad, que es seguramente mucho más poderosa que una melodía. La melodía puede ser bella pero se gasta, se vuelve banal, insoportable a la larga. La palabra del Señor proviene a cada instante, en su frescura, de la boca de Dios. Y podemos acogerla con esta proximidad, esta urgencia, este estado de frescura y de novedad. Así como en su incompreensibilidad, porque ¡quién puede sondear la perfección del Padre! Sólo el Hijo y el Espíritu la conocen. Y sin embargo, nosotros

debemos abandonarnos a ella y no relativizarla. Si tratáramos de comparar la santidad del Padre con algo para nosotros accesible o comprensible, si, para representárnosla, hiciéramos la suma de todos los valores y todas las perfecciones del mundo y las eleváramos al infinito diciendo: "así es el Padre", y agregáramos suspirando: "es todavía más grande", estaríamos en grave peligro de devaluar, ahora y siempre, la perfección de Dios. Porque, según nuestra manera finita de conocer, sería demasiado fácil hacer una especie de cadena infinita de rasgos humanos o naturales demasiado pequeños, y pasaríamos de largo de lo que ella tiene de único, de lo que la distingue en verdad: el Absoluto, lo Divino. Y si entonces nosotros no buscáramos más que actuar según semejante calculo y pensáramos así, por la suma de cierto número, incluso de un gran número de obras y de virtudes, pequeñas hasta minúsculas, trabajar lentamente en imitar la perfección divina, en satisfacer poco a poco las exigencias del Hijo, de hecho, no habríamos logrado más que una sola cosa: matar en nuestra vida al Absoluto.

El que, en la fe, hace el bien, debe siempre reconocer que —en cuanto eso dependa de él— no es nada, no cuenta. Querer demostrar que finalmente alguna gran cosa pueda resultar de la suma de tales nada no sería sólo insensato sino que estaría en contradicción con la fe. No debemos querer reconocer los misterios de la fe, que no vemos, a través de las manifestaciones controlables del mundo visible. No podemos hacer más que una cosa: instalar durablemente todo nuestro ser en la exigencia absoluta, tratar durablemente de acoger la palabra de Dios con todo lo que está en nosotros y aguardar la respuesta que el Señor forma como consecuencia de su exigencia. Esperar en el interior de un acto de fe que no es más divisible. El mandamiento de ser perfecto implica la destrucción de toda gradación. Lo que hacemos —en la medida en que se trata de un hacer humanamente experimentable— es indeciblemente pobre. Lo que arranca la decisión, es la exigencia de ser perfecto como el Padre es perfecto. Si reflexionamos sobre el no-ser o la esencia de la nada, nuestra acción se convertirá en un obstáculo entre nosotros y la palabra del Señor. Cuanto más realicemos buenas acciones, que reconocemos y evaluamos como tales, más alto se eleva el obstáculo que nos hace

incapaces de acoger la palabra de Dios con valor, es decir, en la fe. El bien, o eso que consideramos como tal, puede impedirnos acercarnos a Dios tanto como el mal o el pecado.

La única posibilidad de franquear esta falla reside en el Hijo. Vino al mundo para llevar por su amor el mundo al Padre. Haciéndose hombre, no se despoja ni de su ser divino, ni del conocimiento de Dios. Pero como toda su misión es una misión de amor, no está solamente en la realización, en la acción, sino también en la representación, en la contemplación. Igualmente, es en cuanto hombre que ve al Padre, pero esta visión no es para nada algo aislado de su misión, no es una prerrogativa puramente personal de la que hará uso para hacerla, de alguna manera, más fuerte. Tiene, más bien, su medida y sentido en su misión de amor. El Hijo conoce al Padre y ve la perfección de Éste en el interior de su amor filial. Su visión es más un estado que un acto, es la clarividencia de su amor y de su obediencia. De ese modo, en el amor que tiene por el Padre, establece la medida entre Dios y el hombre y lanza un puente entre uno y otro. No adapta el Padre al mundo sino que muestra al mundo el absoluto del Padre. Y en su vida nos da la prueba de que los hombres pueden vivir como Dios lo espera de ellos, a saber, en el amor en el absoluto del Padre. El hecho de que sea perfecto en cuanto hombre es un homenaje al Padre porque justifica así la creación que sale de la mano del Padre. Pero su perfección es un acto y una realización de su amor por el Padre y por los hombres. Su amor es tan grande que hace posible que la santidad del Padre sea vivida en una existencia humana.

Él no vive una santidad para manifestar en sus horas tranquilas de adoración, lejos de la agitación de lo cotidiano. Su santidad es en Él siempre idéntica, en todas las situaciones de su vida. Y es idéntica a ella misma porque es siempre idéntica al Padre. Y es idéntica al Padre porque su flujo proviene siempre del Padre y a Él vuelve. Y porque vive en cuanto hombre esta santidad hasta la obediencia de la muerte en la cruz, puede igualmente comunicarla a los hombres por la gracia. Cada vez que expresa una exigencia, es que ya la ha cumplido Él mismo y es lo que da a los hombres la fuerza para cumplirla. Da incluso a su Palabra la mayor cercanía al Padre. En nada pue-

de el hombre estar más cerca del Padre que en la palabra del Hijo. Y si Él exige que sean perfectos, es como si, en ese momento, los arrojara inmediatamente en los brazos del Padre. Destruye la distancia siendo Él mismo la distancia superada, en cuanto que Hijo que es simultáneamente la Palabra misma.

Todas las palabras del Señor son pronunciadas en una situación histórica dada que conocemos en la mayor parte de los casos. Pero son siempre válidas mas allá de esta situación porque la eternidad atraviesa de parte a parte la historia, porque el Hijo lleva en todo tiempo en Él esas palabras como expresión de su ser, y ninguna de ellas ofrece la menor oposición al amor eterno del Padre. De una manera u otra están adaptadas a nuestra historicidad a fin de que podamos percibir las en cuanto hombres terrestres, pero no están adaptadas a las leyes de nuestro tiempo porque, de hecho, ellas asumen nuestro tiempo en la eternidad, de modo que no se pierden en el tiempo ni están disminuidas por él. Son vida eterna porque son el amor del Hijo por el Padre y que lleva todo al Padre.

La Escritura, en cuanto libro, se ha convertido en un objeto ordinario por el cual, en cualquier momento, nos podemos topar con la palabra eterna del Hijo. Pero no la encontramos sólo cuando la leemos. La Palabra puede adherirse a nuestra memoria y ser recordada en cada instante por nuestra voluntad. Puede convertirse en la medida de nuestro actuar, la envoltura de nuestro ser y desplegar tal vitalidad que, en cierto modo, se vuelve mas viva que nuestra propia vida. Puede en cualquier momento asumirnos y darnos abrigo. Ciertamente como exigencia, pero sobre todo en cuanto amor. Si esta perspectiva está viva en nosotros, llega entonces el momento en que todo nos empuja a intentar una plena obediencia. No se trata solamente de pensar en Dios más a menudo y con respeto, de cumplir cada uno de sus mandamientos, sino de hacer de la poderosa proximidad de su ser absoluto el acompañamiento permanente de nuestra vida y con eso de nuestro amor, y en el amor, de comprender el mandamiento de amar. Se trata de permanecer en eso que es no-comprendido (porque ¿quién querría, a fin de cuentas, comprender el Absoluto?) pero en una disposición, precisamente porque nosotros no comprendemos, cualquiera sea la cosa que Dios espera de noso-

tros a fin de que, por esta misma disposición, lo dejemos formar nuestra propia perfección.

En cuanto a la santidad de los santos en la Iglesia, su santidad consiste en esto que se mueven y se dejan mover durablemente en el interior del Absoluto. Que no creen conocer “suficientemente” la Palabra. Que no aplican ninguna regla. Que establecen un largo diálogo con el Señor, dialogo en el cual reciben continuamente de Dios una orientación, que incluso si no es perfectamente clara para nosotros, en todo caso, siempre tiene como fin la voluntad de Dios. De cierto modo, los santos son en su vida una especie de continuación de la vida terrestre del Señor. Su vida se deja contar, se puede seguir de cerca, cuenta con numerosos incidentes, no carece de cierta impronta personal. Y sin embargo todo eso es secundario. Lo principal, lo único esencial es la orientación del alma hacia Dios, el dejar hacer a Dios en el alma: todo el resto depende de este único centro. Los santos también tienen su vida ordinaria como Dios la tuvo sobre la tierra. Pero si son santos verdaderos, es porque esta vida ordinaria se volvió la expresión de eso que es lo más extraordinario, de la vida del Padre, de su voluntad en ellos y a través de ellos. Los santos arden con el fuego de la vida eterna. Y no debemos apagar ese fuego en nuestra relación con ellos, no debemos rebajarlos. Nos ha sido dado entrever su vida ordinaria: podemos conocer tan bien la parroquia de Ars o el Carmelo de Lisieux que uno olvida casi, la santidad de aquellos que han vivido allí ordinariamente. Se debe evitar ese riesgo. “La humanización” de nuestros santos, como está de moda hoy, no debe hacernos perder de vista la grandeza del don que Dios ha hecho en ellos a la Iglesia y al mundo. Es diferente si uno vuelve a ubicar su vida ordinaria en el interior de su dialogo con Dios. Lo que nos aparece como descanso o actividad de cada día es el lugar de un continuo trabajo de Dios en ellos y de la aceptación por parte de ellos, de ese trabajo. Entonces, uno no considera mas lo relativo que existe también en una vida de santo, en un alma santa y en una conciencia santa, sino la inmensidad de la acción de Dios. La vida ordinaria y todo lo que la colma no es entonces nada más que el marco de esa otra vida, autentica, del santo, lo que nos

permite situar a esta realidad inconcebible. Pero esta "situación" no es importante más que en la medida que nos lleva a comprender que Dios no puede ser situado. Los santos viven ya acá en la vida eterna, están propiamente, desde el momento que franquean el umbral de la verdadera santidad, maduros para el cielo y es por eso que no tienen en realidad, más necesidad de vivir en la tierra. Si continúan, sin embargo, viviendo, es como en una especie de voluntariado para los otros, para servirlos —como el Hijo ha vivido voluntariamente toda su vida ordinaria sobre la tierra— con su amor, su sacrificio, su sufrimiento y también para hacer don a los otros de su camino (la pobreza de Francisco, la obediencia de Ignacio, o el caminito de Teresita), como el Hijo nos ha hecho a todos don de su camino divino.

Los santos no son sin embargo más que una elucidación de la santidad de Dios. La santidad de los santos no debe ser separada ni un instante de la santidad de Dios y ser considerada en ella misma. Ellos viven de la santidad de Dios. Y porque es ésta siempre infinita, es entonces imposible comparar la santidad de los santos entre sí, ni oponer la de uno a la de otro. La santidad es siempre una e indivisible porque está en Dios. De la misma manera que la Palabra y el amor que nos hacen entrar en la santidad de Dios son siempre uno e indivisibles. Debemos acercarnos a Dios desde arriba, es decir a partir de Él mismo. Si uno trata por abajo, alineando actos individuales de virtud y echando sobre ellos una mirada retrospectiva como si hubiéramos llegado a algo, haríamos lo mismo que un niño que sube sobre una silla para alcanzar al sol. Los santos tampoco son para nosotros, ante todo, escaleras sino signos. Signos de que Cristo está vivo. Dan prueba de una coherencia sin reserva con la encarnación de Cristo. Son algo manifiesto, ofrecido. Para los santos verdaderos, la vida sobre la tierra debe ser un tormento: están consumidos por el deseo de ver a Dios. Permanecen, a pesar de todo, por obediencia. Es por eso que están tan cercanos a la obediencia de Cristo en la tierra. Con Cristo, santifican la vida ordinaria. La santifican de una manera activa porque su vida ordinaria es santa de manera pasiva, de una acción que proviene de la contemplación. Su vida es un acto de amor en el interior del amor del Hijo por el Padre.

El Hijo vino para volver a llevar el mundo al Padre y en este acto probó su amor infinito al Padre. Pero no quiere Él sólo dar esta prueba. Él la da de manera divina y perfecta, pero al mismo tiempo abierta y atrayente. Como si lo que hiciera no fuera una acción sólo de Él sino al mismo tiempo y sin reserva, el signo de su ser y de su querer eucarísticos. Quiere que Dios Padre reconozca en aquellos que ha redimido el amor de los hombres por Él. Y hace don de ese amor que es el suyo a cualquiera que cree. No debemos ver jamás este amor del Hijo como algo aislado, haciéndolo así actuaríamos de modo contrario a su mandamiento de amor. Él nos ama para inculcarnos el amor. Y en sus santos ese amor vive con un fuego que proviene del suyo y que le es comparable. Y es de esta forma que lo que nosotros percibimos y comprendemos de los santos se volverá cada vez mayor percepción y comprensión del amor entre el Padre y el Hijo, lo que no puede jamás quedar en una contemplación estética sino que es la exigencia inmediata de participar, de ser, de amar con el Hijo y los hombres y el Padre. La santidad de la vida de cada día consiste en ser como invitados que pueden participar por el Hijo en la perfección del Padre.

Traducción: Inés Rocca Rivarola